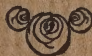


SUSANA CALANDRELLI

AL TRASLUZ DE LAS HORAS

VERSOS



BUENOS AIRES
1925

AL TRASLUZ DE LAS HORAS

Al trasluz de las horas

por

SUSANA CALANDRELLI



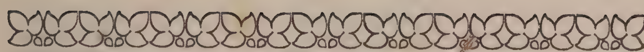
BUENOS AIRES

Imp. Rodriguez Giles — Sarmiento 1172

1925

HORAS CLARAS

(A mis padres)



A MIS PADRES

Yo soñé revelaros el divino secreto
de encender en el alma lucecitas de fe...
¡Talismán de otros días, encantado amuleto
que una noche de angustia sin querer extravié!

Yo deseaba alumbraros con estrellas vibrantes
los senderos esquivos de una vida mejor:
yo quería ser eco de las voces gigantes
que a través de los siglos han templado el dolor...

Lo he pedido a los Cielos en las horas inciertas;
he implorado su ayuda con las manos en cruz...
Y tan sólo he de daros unas lágrimas yertas,
unos pájaros ciegos, y un poquito de luz...

GORJEOS

Aquel ruiseñor me dijo:
Yo te enseñaré a cantar
hermanando el regocijo
con las ganas de llorar...

Te daré una red muy fina
para que puedas captar
esa nostalgia opalina
de la claridad lunar...

Y unos dardos muy pequeños
con los cuales perforar
el celaje de los sueños
para poderlos espiar...

Y tres flautas muy sensibles
que te sepan explicar
esos soplos invisibles
que nos rozan al pasar...

Y un caracol indiscreto
de incansable murmurar
que te diga el gran secreto
de lo profundo del mar...

Y una grande, inmensa antena
que al cielo pueda llegar,
y también una gran pena
que no quieras olvidar...

.. ..

Y por fin, amiga mía,
si no aciertas a cantar,
es que en ello hay brujería...
Te tendrás que resignar.

LA FLAUTA DEL SILVANO

Vosotros, los que acaso tenéis el don divino
de amar el sol, la hierba, la nube y el camino;
vosotros que supisteis los trágicos amores
de gnomos y de estrellas, de sátiros y flores;
vosotros, que una tarde sentisteis la locura
de errar por esas sendas que van a la ventura,
y luego, a media noche, quizás enamorados,
volvisteis entre nimbos de luna por los prados;
vosotros que algún día colmasteis el deseo
de oir cantar al mirlo de plácido gorjeo;
vosotros, los que huisteis del carnaval humano,
sin duda habéis oído la Flauta del Silvano...

Muy rara vez se escuchan sus tímidos lamentos:
tan sólo cuando callan las trompas de los vientos,
o a veces, en la tarde, después que el sol se esconde,
cuando los grillos cantan allá, quién sabe dónde...
cuando la luz flotante que vaga por los cielos
se borra ante la sombra que sube de los suelos;
cuando los niños graves se duermen en la cuna,
mirando con los ojos serenos a la luna,
y el trágico y pesado silencio que desciende
detrás de cada ruido se yergue como un duende...
Si entonces no habéis nunca prestado oído atento
a todos los rumores del mundo soñoliento;
si luego, ya más tarde, por una senda trunca,
mirando al cielo negro, no habéis temblado nunca;
si a veces, casi al alba, cruzando algún camino,
no habéis sentido el roce de algún rumor divino,
entonces preguntároslo será quizás en vano:
¡jamás habéis oído la Flauta del Silvano!

LOCURA

Esta locura que tengo no sé de donde me llega...
Me la dió quizás la luna cuando anduve por la vega.

Yo escuchaba los cantares de las ranas junto al río
cuando me cayó del cielo cual un baño de rocío...

¡Cómo brillaron entonces las estrellas más lejanas,
y también las que dormían en el agua, sus hermanas!

Me sentí tan deslumbrada, que empecé a entonar un canto..
Y al cantar ví que reía... y el reir trocóse en llanto...

Y ésa es toda mi locura, que ya sé de dónde llega...
Me la dió un rayo de luna que vagaba por la vega.

HORAS CLARAS

Horas claras de estío que en las tardes lejanas
resbalabais apenas por el quieto jardín,
compañeras fugaces de las viejas ventanas,
de mi amigo el naranjo, de mi amigo el esplín...

Hermanitas menores de los gnomos verdosos
que de noche se escapan de un antiguo reloj,
que se asoman barbudos, que se esconden medrosos,
que las viejas espantan con ramitas de boj...

Confidentes azules de mi perro ovejero
en las plácidas siestas anegadas de añil,
¡volved, oh, madrecitas de las rosas de enero
que se mueren soñando con los nardos de abril!

.. ..

(Hermanitas piadosas de las horas amargas,
que en silencio se vienen de no sé qué país...
y de aquéllas, Dios mío, que parecen tan largas,
y en silencio se alejan, enlutadas de gris...)

MOTIVOS DEL BOSQUE

I

Murmullos

Venía del bosque la brisa ligera
trayendo noticias de la primavera.
Contaba mil cosas la brisa sutil,
agitando leve sus alitas mil...
Decía que nada, que nada ha cambiado;
que el bosque es el mismo del año pasado...
Que de igual manera canta el ruiseñor,
volcando semillas de amor y dolor...

Y que las violetas, humildes monjitas,
admiran como antes a las margaritas...
Y que las serpientes salen en tropel,
inquietando al bosque con su cascabel...
Y que el topo espera que asomen los grillos,
para que lo guíen como lazarillos...
Y que, como siempre, su muda canción
entona a lo lejos el sauce llorón...
Y que, como antaño, borrachas de luna,
las ranitas croan allá en la laguna...
Y que un lince viejo descubriendo está
lo que ve en las nubes el *mamboretá*...
Y que todavía no ha asomado el lobo
su cara de diablo tras del algarrobo...
Y que, despacito, cuando apunta el sol,
para ver si llueve sale el caracol...
y que a media noche, cuando el bosque sueña
y los altos cielos cruza la cigüeña,
los gnomos barbudos salen a bailar,
y bailan, y bailan, al rayo lunar...
Y que entonces ríen y cantan, y luego
juegan en los claros al gallito ciego,
y que hacen a veces un barullo tal,
que allá entre las ramas el buho formal
teme con motivo que el bosque se amosque,
y a nadie conviene que se amosque el bosque...

.. ..

Todo eso contaba la brisa sutil,
agitando leve sus alitas mil...
(Parece que es cierto; que nada ha cambiado;
que el bosque es el mismo del año pasado).

II

Claroscuro

Los gnomos que juegan al claro de luna
miran sobre el césped pasar una a una
sus sombras que esbozan variado ademán.
Las siluetas negras sobre el blanco suelo
imitan al pez que sacude el anzuelo,
al trompo mareado o al travieso can.

Los gnomos se ríen. Leves y grotescas
pasan por el césped las sombras chinescas.
Pronto quedan todas quietas de terror...
Y es que cerca de ellas de repente asoma,
tras el negro filo de la negra loma,
la oreja siniestra del lobo traidor...

III

La Fiesta de media noche

(Un claro en la selva. Nadie lo conoce).

La fiesta empezaba después de las doce.
Los árboles todos fingían dormir...
Ni un leve murmullo se dejaba oír.
De pronto los grillos trajeron su orquesta,
para que pudiese comenzar la fiesta,
y entonces surgieron con animación
borrosas siluetas de cada rincón,
que allá entre la sombra saltaban de goce,
pensando en la fiesta que empieza a las doce.

La señal la dieron tres rayos de luna
que asomaron juntos cerca de la una,
cuando comenzaban a desesperar
los que, ya llegados, querían bailar.
Entonces ¡qué hermoso conjunto formaron
los gansos solemnes que al cielo clamaron,
las rubias luciérnagas, el torpe avestruz,
y aquellas gacelas de ojazos de luz,
danzando, embriagados de amor y de luna,
en medio del bosque, después de la una!

El topo que siempre se asoma a las dos,
filósofo ciego que medita en Dios,
salió aquella noche de su madriguera
algo más temprano por ser primavera,
y dijo, enojado: "¿Qué sucede aquí?
"Es impertinente divertirse así..."
Pero como nadie quiso hacerle caso,
volvióse a su cueva rumiando el fracaso,
mientras los danzantes, del amor en pos,
seguían bailando, después de las dos...

Un poco más tarde, cerca de las tres,
llegaron el buho y el gato montés,
ambos aburridos, eternos noctámbulos,
que vagan de noche como los sonámbulos.
Estaban las danzas en pleno furor

y el bosque era un caos de luna y amor,
cuando de improviso, todos asustados,
huyeron por montes y valles y prados...

¿Qué fué? Que un gallito, burlón descortés,
al sol de las cuatro... ¡lo anunció a las tres!

LO QUE PASO EN UN BOSQUE DE LA MANCHA

Pasó en lejano tiempo, bajo el follaje triste
de un bosque pensativo que acaso ya no existe.
Aquel bosque tenía mil años, y una fuente,
y un plácido arroyuelo que huía bajo un puente.
Pasó en tiempos lejanos y fué breve la historia;
tan breve, que desdeña todo oropel de gloria;
y tan poco dramática, que a veces, por instantes,
se me antoja que adrede se la olvidó Cervantes.

.. ..

Los rayos de la luna caían tristemente
sobre el camino, el bosque, las flores y la fuente.
La linfa misteriosa los cielos reflejaba.
La senda, como siempre, furtiva se escapaba...
Dormíanse las flores en el ambiente quieto,
y el bosque, custodiando no sé qué gran secreto,
velaba entre la sombra de aquella noche incierta,
y a todos los rumores fingía estar alerta.
Dijérase que acaso, queriendo hacer al hombre
revelaciones graves de un gran dolor sin nombre,
y tal vez recelando que alguna confidencia
cayese entre la burla o entre la indiferencia,
ansiaba la visita de algún poeta amigo
que fuera al mismo tiempo confesor y testigo,
y así, por esperarlo, quedábase en suspenso,
aislado en el enigma de su callar intenso...

De pronto estremecióse con leve calofrío.
Dos sombras se esbozaban allá cerca del río...
La una, baja y gruesa, vulgar, de aire villano,
pesaba sobre el lomo de su pollino enano.
La otra, alta y esbelta, y en un rocín montada,
traía, en la penumbra, luciente la celada.
El bosque tembloroso mirólas apearse
de sus cabalgaduras, y luego aproximarse,
y al fin, sobre unos troncos, quedarse pensativas,

bajo el dosel que besan las brisas fugitivas:
y entonces, sorprendido de ver a aquellos hombres,
y ajeno a la epopeya naciente de sus nombres,
permaneció un instante sin voz, sobrecogido,
como el inquieto pájaro que acecha desde el nido...
Después los dos intrusos hablaron en la sombra,
tendidos sobre el césped como en mullida alfombra,
de donde sus razones, en tímida bandada,
volaron susurrando por toda la enramada.

.. ..

—Escucha, Sancho amigo... ¿No ves allá, en la fuente,
dos ojos luminosos que miran dulcemente?
Son claros y serenos... Parécenme los de Ella...

—Serán los de algún buho que está en la fuente aquélla.

—¿Ves esa albura triste, de pálidas espumas,
ligera como el sueño de algún girón de brumas?
Acaso es el vestido nupcial de mi adorada...

—No veo más que un charco que brilla. Detrás, nada.

—¿Y aquello que en las ondas del río cabrillea?
Acaso es el divino collar de Dulcinea,
dejado allí de intento para variar mi suerte...

—Pues no es más que una trampa. Debajo está la Muerte.

—¡Sancho, por vida mía, sólo miras lo feo!

No sé por qué milagro no ves lo que yo veo...
No sé qué telarañas te ofuscan las visiones
en pos de las que vuelan mis imaginaciones...

Mirólo entonces Sancho y hablóle en un bostezo:

—Señor, estoy molido, y a dormitar empiezo.
Mas si queréis que todo lo vea a vuestro agrado,
mandad, y obedeceros sabré como criado.

Y Sancho, así diciendo, cerró sus torpes ojos,
y en su dormir imbécil hundióse sin sonrojos.
Oyólo Don Quijote sin replicarle nada.
Después miró anhelante la bóveda estrellada,
como en alas llevado de un pensamiento inmenso,
y luego, ya de espaldas bajo el follaje denso,
sintió que todo el bosque, sumiso y balbuciente,
con súbita confianza le hablaba quedamente.
Y entonces el murmullo sutil de la espesura
llevó hasta los oídos del héroe sin ventura
mil ecos de añoranzas, de sueños, de canciones,
de todo cuanto esperan los pobres corazones,
de todo lo que canta la angustia del poeta,
de todo lo que busca su inasequible meta...
Y así pasó la noche, y así llegó la aurora:
y el alma de la selva, magnífica y sonora,
seguía murmurando sus íntimos secretos

en una algarabía de pétalos inquietos...
Y cuando, lentamente, su tímida mirada
lanzó sobre el Quijote la plácida alborada,
hallólo deslumbrado sobre su verde lecho,
con un zumbido loco de anhelos en el pecho...
.. ..

Y aquí termina el lance; y aquí la Historia calla,
y el Tiempo y la Leyenda se traban en batalla...
¿Qué fué lo que las hojas aquéllas balbucieron?
Tan sólo Dios, el bosque y el héroe lo supieron...

FABULA

Es la hora de la siesta.
Se adormece la floresta.
Ya no canta el ruiseñor
a la flor.

Bajo el hondo cielo azul
como un cielo de Estambul,
velan sólo el oceano
y el gusano.

El gusanito camina,
rayita de vaselina.
Angustiado el mar está,
muy allá...

Se oye el rítmico gemir
de las olas al morir
en la gran playa desierta,
como muerta.

Sin saber que acaso escucha
el gusano en su casucha,
con su ingenuo sollozar
dice el mar:

" ¡Cómo envidio al ruiseñor
" y a la nube y a la flor,
" y al minúsculo gusano
" soberano!

" Si pudiera andar errante
" por la brisa susurrante
" o en la tierra divagar
" sin cesar,

" Quizá fuera tan feliz
" como el sapo o la perdiz...
" Ahora sólo abrigo un sueño:
" ser pequeño...

" El pequeño no es tan loco.
" Se contenta con muy poco.
" Todo le sobra y jamás
" pide más,

" y a su sino siempre es fiel,
" mientras, hijo de Luzbel,
" el gigante, con su anhelo
" llena el cielo..."

Y el gusano que lo oía
bajo el sol de mediodía,
su trabajo interrumpió,
y chistó:

" Eres tonto, pobre mar...
" ¿No sabes cómo olvidar
" el pesar que te carcome?
" Mata y come..."

Mas la voz de aquel gusano
no llegaba al oceano,
quien sentía su plañir
revivir...

Y el gusano que lo oyó,
amoscado se enroscó,
murmurando con desprecio:
" ¡Uf, qué necio!"

. .. .

Ahora bien: ¿quién es el vano?
¿el oceano, o el gusano?
La razón ¿en donde está?
Dios dirá...

EL LOBO

Pupila de los bosques, oído siempre alerta,
destino inexorable del corderito bobo,
el lobo es un bandido sin ley: vive del robo,
y no valen rescates para su presa muerta.

Ocurre sin embargo que, en la penumbra incierta,
acaso distraído de su sangriento arrobo,
cuajada de visiones su oscura alma de lobo,
tolera, indiferente, que el gamo se divierta.

Dijérase que entonces se queda pensativo.
Le acosa la nostalgia de un pretérito esquivo,
ajeno a los recuerdos, como un sueño olvidado,

y aúlla, cual si viera sobre una blanca duna
la sombra misteriosa de algún antepasado
lamiendo sus cachorros al claro de la luna...

LA ROSA AL "MAMBORETA"

(Canción)

Tú que el cielo escudriñas,
mamboretá,
sabrás más de una cosa
de por allá...

Sabrás naturalmente,
mamboretá,
por qué estoy en el mundo:
sabrás quizá

si es cierto que las rosas,
mamboretá,
deben creer en el diablo
y en Jehová...

Tú tienes un secreto,
mamboretá,
un secreto que nadie
te robará...

Mas yo sé que en la selva,
mamboretá,
lo susurras al lirio
y al resedá...

Y que ellos son dichosos,
mamboretá,
porque la fe que tienen
no morirá...

Por eso te pregunto,
mamboretá,
el alma de las rosas,
¿adónde va?

Y el Dios de los jardines,
mamboretá,
el Dios de mis amores,
¿en dónde está?

CANCION DE ESTIO

En la eterna armonía de las horas sin mancha,
cuando todo lo bello resplandece al trasluz;
cuando acaso sentimos que una puerta muy ancha
se está abriendo en un mundo saturado de luz;

Cuando todo se llena de una paz cristalina
retozando en escalas de sonido y color;
cuando toda esa gloria que la tierra ilumina
nos parece el reflejo de algún astro interior;

Cuando todo lo vivo se adelanta mil años,
invadiendo un futuro deslumbrado de sol;
cuando el viejo Recuerdo, que se nutre de engaños,
se adormece en la sombra como un viejo farol;

Cuando el diablo se olvida de ponerse en acecho;
cuando sólo lo grande nos parece veraz,
hay un pájaro loco que se me entra en el pecho...
¡y no sé de qué, entonces, no me siento capaz!

CANTAR

Luna ¿te acuerdas del payaso
que fatigado de llorar
cortó unas flores al acaso
para después echarse al mar?

¡Luna, ilumina la espesura
donde cansados de sufrir
unos amantes sin ventura
hablaron tanto de morir!

Luna, que has visto tantas cosas...
¿sabes acaso la razón
de este capricho de ver rosas
que me arrebata el corazón?

LA QUEJA DEL CENTAURO

Se cuenta que un centauro se esconde en las Américas.
No sé si serán sueños, verdades o quiméricas
visiones de un ardiente poeta fatigado,
espía de las sombras que pasan por su lado,
que acaso en una noche de insomnios y congojas
creyó ver un centauro fuyente entre las hojas,
para perderse luego por la llanura blanca
con vagas claridades de luna sobre el anca...
Serán acaso engaños, no más. De cualquier modo,
como entre los poetas la fantasía es todo,
oigamos los delirios del Hada Fantasía,

madrina del Centauro que vió el poeta un día.

.. ..

Aquel centauro es uno que vaga por los llanos
hundiendo sus pezuñas en zanjas y pantanos;
que pasa locamente, sin rumbo, por las selvas,
llevando entre los labios gajos de madreselvas;
poeta de los bosques, inquieto y altanero,
de busto soberano, frente alta, casco fiero,
que suele, en las florestas, lanzar como un reproche
salvaje sus quejidos al seno de la noche...
Se cuenta que es el solo centauro taciturno
que ha habido desde el tiempo primero en que Saturno
sostuvo con sus manos eternas la clepsidra:
que desde las remotas edades de la Hidra
ninguno fué en el mundo tan cándido y tan triste.
Se dice que es el solo centauro que aun existe
después del largo triunfo final de los cristianos;
y que es en los tupidos bosques americanos
en donde refugiara su vida sin ventura,
vagando amargamente de día en la espesura,
sumido en añoranzas de raptos y de vinos,
y luego, por la noche, saliendo a los caminos
en donde el soñoliento viajero solitario
se asusta de aquel pobre centauro legendario,
borroso y como huído de alguna estampa vieja
para clamar al cielo su misteriosa queja...

¿Qué extraña queja es ésa? No sé. En potencia iguala
al gemido del cóndor que siente rota el ala,
y a veces nos recuerda, por trágica y por honda,
el alalí del viento y el sueño de la onda.
Se escucha aquella queja de noche, en la espesura,
lo mismo que en los tiempos de amor y de ventura
en que sus rubias flautas tocaban los silvanos,
cantando a las luciérnagas dormidas en sus manos...
La queja aquélla dice la inconsolable pena
de perseguir de lejos la errante Luna llena,
de acaso demandarle por caridad un rayo,
y verla que impasible se aleja de soslayo...
De amarla siempre, opaca, brillante, blanca o roja.
de amarla y de decirse, con íntima congoja,
que si de aquí a los cielos no puso Dios escalas,
al menos bien hubiera podido darnos alas...

Y es ése el gran misterio latente en esa queja
tan suave y tan enorme, tan nueva y ya tan vieja...
Y es ésa la nostalgia sin fin de aquel lamento
que envuelve entre sus ondas histéricas el viento.
¡Por eso no se extrañen los reyes de la lógica
si ven alguna noche la sombra mitológica
trotando enloquecida por montes y barrancas,
creyendo que se lleva su amor, la Luna, en ancas,
y alzando al cielo inmenso, de estrellas tembloroso,
sus trágicos relinchos de monstruo victorioso!

BALADA

Aquel perro viejo me miró, cansado.
Aquel viejo perro
era un vagabundo
que iba descarriado
allá por el mundo,
pidiendo un cencerro.

Yo le ofrecí flores y ardides de amores:
pero el viejo perro,
cansado de lides,

rehusando esas flores
y aquellos ardides,
pidióme un cencerro.

Y le dí un cencerro de latón bruñido,
anuncio de gloria,
con ser tan liviano...
Y él, agradecido,
me lamió la mano...
Y esa fué su historia.

EL SENDERO

¡Dichoso aquel sendero dechado de egoísmo
que va siempre adelante, solemne, alucinado,
acaso irresponsable de estar predestinado
a dirigir las vidas al monte o al abismo!

Si disimula a veces su extraño fatalismo
de no desviarse nunca del límite trazado,
de ser siempre el camino que lleva al mismo lado,
asombro de veletas y orgullo de sí mismo;

si a veces, agitado por soplos de locura,
sugiérenos deseos de errar a la ventura,
acaso esas nostalgias, runrún de caracol,

no son más que el anhelo doliente de sus huellas
de ver otros lugares, mirar otras estrellas,
o huir a un infinito vibrante bajo el Sol...

ALALI

(Balada guerrera)

El alalí tocan las trompas de caza.
¡Alalí de guerra, clamor de amenaza
que envuelve y abraza
los montes y el llano,
en un infinito temblor soberano!
¡Alalí de guerra, negro desafío
a la Muerte que vela en el bosque,

más allá del pueblo, más allá del río,
del río sombrío como un calofrío!
(Que la Muerte, en acecho, se enrosque
como una serpiente de mil cascabeles,
y ataque a los hombres, y ensarte lebreles
con los cien colmillos de su jabalí...
Que la Muerte en acecho se enrosque...
Ya llegan las trompas vibrantes al bosque.
Ya se oye, más cerca, su eterno alalí...)
—¡Guerra al jabalí!

.. ..

Heraldos de horrores,
la muerte en la mano,
van los cazadores
al bosque cercano.
Los blancos corceles
que agitan sus crines,
los pardos lebreles,
los negros mastines,
las trompas de mando,
las locas ballestas,
se alejan soñando
con trágicas fiestas...

¿Quién es el ardiente,
feroz caballero,

que azuza a su gente,
tan pálido y fiero?
Diz que es, por su ropa,
señor de señores...
Dirige la tropa
de los cazadores...
De pronto ¡oh, milagro!
Fué en plena carrera...
Un paje muy magro
se puso a su vera...
Es cruel su mirada
y es blanca su frente,
y es dura su helada
sonrisa inclemente...
Ya todos lo han visto.
—" Señor ¿no has notado
" que un paje imprevisto
" cabalga a tu lado?"

El amo, ceñudo, no mira el portento...
Las trompas de caza taladran el viento.

(Que la Muerte, en acecho, se enrosque...
Ya van cazadores y trompas al bosque...
Ya se oye, cercano, su eterno alalí...)
—¡Guerra al jabalí!

.. ..

(Un temblor invisible ha pasado
por las hojas del bosque asombrado...
Se susurran extraños secretos
tras los tímidos pétalos quietos...
Se murmura que los cazadores
llegan ya por caminos traidores
a llevarse las flores más bellas,
y adornar los espacios con ellas...
Varios cardos están en consulta.
Una triste violeta se oculta.
Más allá el ruiseñor ha callado...
Un temblor por el bosque ha pasado...)
.. ..

Ya se acerca la vaga amenaza.
Se aproximan las trompas de caza...
Ya va hendiendo los montes y el llano
el soberbio tropel soberano...
Ya estremece el mortal desafío
de las trompas al bosque sombrío,
que se eriza y espera y escucha
y se apresta feroz a la lucha...
(Que la Muerte en acecho en el bosque
traidora se enrosque
como una serpiente de mil cascabeles,
y ataque a los hombres, y ensarte lebreles

con los cien colmillos de su jabalí...
¡Guerra al alalí!)

Los cascos violentos de aquellos corceles
deshacen las hierbas y aplastan las flores...
Las locas miradas de los cazadores
azuzan con furia los pardos lebreles...
El amo su ceño feroz ha plegado.
Su boca, de roja, parece una herida.
Relucen sus ojos con brillo homicida...
El lívido paje cabalga a su lado.
(¡Qué negro su traje!
Traerá mala suerte...
El tétrico paje
recuerda a la Muerte...)
—¿De dónde ha venido?—se dicen inquietos
los hombres borrachos de ansiosa carrera.
Y el paje su negro corcel acelera...
Y hay hombres que imploran a sus amuletos...
Y el paje sonríe con sonrisa helada,
y es cual si dijera su boca cerrada:

" Que la Muerte en acecho en el bosque
" traidora se enrosque
" como una serpiente de mil cascabeles,
" y ataque a los hombres, y ensarte lebreles...

" Ya llegan las trompas... Ya llegan al fin...
" El bosque se eriza como un puerco espín..."

Y es cierto. El gran bosque se yergue y escucha,
y luego se apresta feroz a la lucha.
Las ramas la roja carrera entorpecen.
Los brazos del bosque se estiran y crecen.
Y una fortaleza de troncos y flores
envuelve la angustia de los cazadores...

(Llegaron al bosque, llegaron al fin...
El bosque se eriza como un puerco espín...)

Los hombres mutilan con ímpetu ciego
las ramas malditas que renacen luego...
La lucha prosiguen, exhaustos, vencidos...
Las ramas perforan sus cuerpos heridos...
Aúllan al verlos los pardos lebreles...
Relinchan de susto los blancos corceles...

(Llegaron al bosque, llegaron al fin...
El bosque se eriza como un puerco espín...)

El amo, aquel noble de raza preclara,
de pronto, angustiado, da vuelta la cara,
pues ver ha creído tras de la espesura,
al lívido paje de negra figura...
Y es como si el paje, con sonrisa helada,
dijera entreabriendo su boca cerrada:

—" Llegaron los hombres... Llegaron al fin
al bosque erizado como un puerco espín..."
.. ..

Jamás a su pueblo volvieron siervos y señores.
Se vengó así el bosque de los cazadores.
Pasaron cien años y nunca, en la selva homicida,
entró quien tuviera cariño a la vida...
Y dicen que siempre se escucha vagar en los vientos
que de allí se vienen, gritos y lamentos,
y que se oyen también de esos sones surgir poco a poco
las vagas palabras de este canto loco:

" Que la Muerte en acecho en el bosque
" traidora se enrosque
" como una serpiente de mil cascabeles,
" y ataque a los hombres y ensarte lebreles
" con los cien colmillos de su jabalí...
" ¡Guerra al alalí!"

HORAS LENTAS

(A mis hermanos)

DOLOR

(A la memoria de una madre)

Tú que sólo contigo, Señor, fuiste severo,
proscripto de la dicha por piadoso y por fuerte,
Señor, Tú que has querido llenar el orbe entero
con el dolor sin límites de tu Divina Muerte,
y en ese afán de lágrimas de tu alma esclarecida
llorabas con el llanto de todo cuanto existe,
tenías un consuelo, sin embargo, en la vida:
¡tu Madre iba contigo por el camino triste!

Recuerda... Cuando a veces, doliente y fatigado,
caías de rodillas sobre tu sombra mustia,
tu Madre se inclinaba dulcemente a tu lado
besándote en la frente con amorosa angustia...
Y en esa sola dicha, Señor, que te quedaba
de todo cuanto sueñan los hombres en el mundo,
quizá viste un instante, cuando el valor faltaba,
revivir milagrosa tu fe de moribundo...

¿Por qué dejas entonces que suba a las esferas
el clamor infinito del dolor sin consuelo?
¿Doblaran las campanas si Tú no lo quisieras?
¿Acaso sus lamentos no llegan hasta el Cielo?
Y si a todos los hombres llamabas tus hermanos,
y tanto te dolías de su vida ya triste,
¿por qué dejas, Dios mío, que sufran los humanos
ese dolor tan grande que Tú no conociste?

NOCHE

Los álamos callados contemplan a la Luna.
Parecen sacerdotes de un culto misterioso.
Lejanas, las estrellas se encienden una a una,
envueltas en un halo tembloroso.

Dijérase que el mundo no tiene sino un alma,
espejo solitario de innumerables vidas.
De pronto un gran suspiro lo llena de esa calma
que late en las tragedias presentidas...

¡Qué extraño ese suspiro bajo la noche tierna!
¿Por qué está todo triste? ¿Por qué está todo quieto?
Acaso el mundo ansía que alguna voz eterna
le quiera revelar algún secreto...

Y yo que estoy tan cerca, no penetro el sentido
de esos grandes anhelos siempre esquivos al hombre.
¡Oh, Luna que repliegas tu manto entristecido,
tú tampoco sabrás mi oscuro nombre!...

No soy más que una intrusa bajo el espacio inmenso.
El gran Silencio ronda como una pesadilla...
Parece que en el mundo la vida está en suspenso:
que el Tiempo se ha pasado a la otra orilla...

BALADA

Fué un inquietante desvarío.
Bajo la calma sideral,
un luminoso calofrío
turbó la fuente de cristal.
Era un fulgor casi sombrío
que me hizo mal...

Fué un recordar de algo muy mío
que no podré reconquistar...
De algo muy mío
que se escapaba por un río
con intención de no tornar...
De algo tan mío,
que me ha dejado un gran vacío
con muchas ganas de llorar...

Iba a los mares de la duda...
Era como un temblor de fe...
Iba a los mares de la duda,
no sé por qué...

Y yo quería ir a buscarlo
(¡cómo llorabas, corazón!),
Y yo quería ir a buscarlo
y echarle en cara su traición...
Pero le tuve miedo al río,
al río trágico y sombrío
cuyos dos brazos muy abiertos
sólo reciben a los muertos...
Al río trágico y sombrío
que a nadie tiene compasión...
Y porque tuve miedo al río,
quedó enlutado el corazón.

INQUIETUD

Muchas sombras cansadas que se acercan en ronda
van llenando la tarde de agonías sin voz,
y el espacio se inunda de una pena tan honda,
que parece la pena milenaria de Dios...

La campiña se queja con palabras ahogadas.
Yo no sé lo que tiene... No se quiere dormir...
La campiña delira con visiones porfiadas,
como los moribundos que no quieren morir.

¿Por qué lloran, al borde del pequeño camino,
las pequeñas violetas ignorantes del mal?
¿Por qué tiemblan las hojas? ¿Por qué calla el destino?
¿Qué nos quiere ese buho con su vieja señal?...

Una estrella agoniza por lugares remotos...
Unos pájaros ciegos han huído en tropel.
La campiña está alerta... Palidecen los lotos...
Algún ángel caído me ha rozado la piel...

Yo no sé qué me pasa, que me muero de angustia.
Desearía que el mundo me pidiera perdón...
La campiña está triste; la campiña está mustia...
La campiña está enferma como mi corazón.

CREPUSCULO

En la pálida tarde silenciosa,
cuando Venus, pupila misteriosa,
apenas se contrae,
y el espacio no es más que una penumbra
en la que toda claridad alumbra
toda sombra que cae;

Cuando el día y la noche, confundidos,
en un beso final quedan dormidos;
cuando todo es amor;
cuando algunas luciérnagas distantes,
como gotas de luz, vagan errantes
de la flor a la flor;

Cuando acaso la luna, allá en el cielo,
desparrama no sé qué gran consuelo
por nuestra soledad,
y hasta el réprobo, el monstruo y el maldito
van buscando su parte de infinito
bajo esa claridad;

Cuando acaso se escucha por momentos,
entre el sueño profundo de los vientos,
un murmullo surgir,
como si el corazón del viejo espacio
nos enviara despacio, muy despacio,
su rítmico latir;

Cuando todos los ángulos son suaves,
y los hombres, lo mismo que las aves,
pasan siempre de a dos,
siento a veces un dulce calofrío,
cual si un alma, al rozarme en el vacío,
dijera algo de Dios...

PAJARITOS DE LA LUNA

Pajaritos tristes, tristes, pajaritos de la luna
que pasáis a media noche lentamente por los sueños,
que hacéis signos misteriosos a los niños en la cuna,
y asomáis entre las llamas azuladas de los leños...

Pajaritos que una noche, persiguiendo a la Fortuna
cabalgabais todos juntos por los cielos infinitos,

y escapabais, blancos, blancos, todos húmedos de luna,
todos ebrios de imposible, pajaritos, pajaritos...

si sabéis dónde han volado mis canciones una a una
¡perseguidlas por los aires, pajaritos de la luna!

RECUERDO

(L'homme est un dieu tombé
qui se souvient des cieux...)

Es como algo que llega de una vida pasada.

Tengo el vago recuerdo de una noche encantada
en que había en los aires un murmullo de fiestas,
con un eco remoto de invisibles orquestas...
En que todo en el mundo parecía cercano,
cual si un dios, escondido, nos tendiese la mano...

En que acaso volaba por los cielos abiertos
un enjambre de seres transparentes e inciertos
cuyas alas tejieran los rumores divinos
que bajaban vibrando por sonoros caminos...

Yo no sé qué pasaba. Sólo sé que esa noche
no subía del mundo ni el más leve reproche.
Sólo sé que el espacio sideral se embriagaba
con los vagos aromas que la tierra exhalaba;
que infinitas luciérnagas, en los aires fragantes,
escribían un nombre con sus luces errantes,
y que el nombre aquél era misterioso y alado,
como un sueño de infancia no del todo olvidado...

¿Qué tenía aquel mundo tan hermoso y tan nuevo
que aun ahora, evocándolo, sin querer me conmuevo?
¿Qué quería contarme la pequeña amapola
que agitaba en mis manos su encendida corola?
¿Qué decían las fuentes? ¿Qué ocultaba lo ignoto?
¿Qué misterio de voces se perdía, remoto,
tras las ondas viajeras de aquel cielo de encanto,
en el que cada sombra, cada luz, era un canto?

No lo sé; pero creo que esa vez lo sabía.
Esa noche un prestigio singular me envolvía,
y en los ecos del mundo, y en las alas del viento,
percibía el contacto de no sé qué portento...

Esa noche, las voces que escuchaba al acaso,
lentamente, en la sombra, detuvieron mi paso,
e inundando de lágrimas mis ardientes mejillas,
en la tierra obligáronme a caer de rodillas...

Sólo entonces el Hada se acercó levemente
y me puso una mano con dulzura en la frente...
Y en seguida, al mirarla tan inmóvil y bella,
contempléla en silencio, cual se mira a una estrella...
Y ella dijo una cosa que yo ya no recuerdo.
Y después sé que en algo nos pusimos de acuerdo...
Y más tarde anduvimos, enlazadas las manos,
por la noche vibrante de rumores lejanos...

Y después... ¿qué voz era la que dijo a mi oído
"Todo es tuyo, si quieres; para tí lo he pedido?"
Yo no sé si fué un genio de una flor escapado...
Creo, sí, que lo supe; pero ya lo he olvidado...
Sólo sé que vagamos con dulzura infinita
por los parques sin lindes de esa tierra bendita,
que llegó así la aurora, que después se fué el Hada...
Y más tarde, más tarde... no me acuerdo de nada.
... ...

¿De qué abismo de sombras en que siempre me pierdo
y a través de qué nieblas llega a mí este recuerdo?
¿Lo he soñado hace mucho? ¿Lo he vivido en la infancia,

cuando todo era albura, claridad y fragancia?
¿Fué el engaño del Angel luminoso y profundo
a las almas que dudan en bajar a este mundo?

No lo sé; mas el cielo que una vez fuera mío...
me ha dejado un enorme, doloroso vacío.

BALADA

Me vió pasar un día,
y en sueños me bendijo.
Soñó que me quería,
y en sueños me lo dijo.
Y ví su amor en sueños...
(Su voz ya no me nombra)
Y ví su amor en sueños...
Y no era más que sombra.

Más tarde (estaba enfermo)
sus ojos me besaron:
—Despiértame, si duermo,
sus labios murmuraron;
y en todas sus palabras
(su voz ya no me nombra),
y en todas sus palabras
¡había tanta sombra!...

Murió. Después, un día
(hay sueños que no olvido),
llorando todavía
mi pobre amor perdido,
oí un sollozo ahogado...
(Mi voz ya no te nombra...)

—¡Llorabas a mi lado!
... Ya no eras una sombra...

TRISTEZA

Esta noche ha llegado mi esperanza cautiva
del país en que reina la quimera importuna...
Ha llegado esta noche, silenciosa, furtiva,
como viene la muerte, como llega la luna...

Era tiempo. Ha llegado... Yo vivía por ella.
Yo vivía muriendo, como vive la brasa...
Yo vivía anhelando su dulzura de estrella...
Sin embargo estoy triste. Ya no sé qué me pasa.

¿Por qué existe en el fondo de cualquiera alegría
una pena en que el alma desolada tropieza?
¿Y por qué, en el cansancio de una dicha tardía,
siempre asomas tus ojos pensativos, Tristeza?

BALADA

Era una noche de agonía.
Cerré los ojos y escuché...
El viento negro me decía
cosas que nunca olvidaré...
Habló de un alma que moría.
Me puse pálida y callé...
Me pareció que era la mía.
Quise llorar, y no lloré...
Y el viento negro repetía
cosas que nunca olvidaré...

Y era una voz cortante y fría
que me quitaba toda fe...

Habló de un Dios que a nadie amaba,
que no tenía compasión...
Habló de un Dios que nunca daba
sinceramente su perdón...
Habló de un Dios que se esfumaba
tras una pérfida ilusión...
Habló de todo lo que acaba
por desengaño y por traición...
No sé decir qué me pasaba.
Sentí temblar mi corazón...
Y el viento negro continuaba
su misteriosa maldición...

Su voz lejana parecía
venir no sé de qué confín...
Algo en mi pecho se rompía
como una cuerda de violín...
Era una noche de agonía.
Abrí los párpados al fin...

Y ví que el diablo sonreía
entre las rosas del jardín.

OVILLITO DE PENA

(A mi prima María Esther)

Ovillito de pena, que sumerges mis días
en el vértigo ansioso de tus pálidas sedas,
ovillito invisible que mis sueños espías,
que mis sueños enturbias y en mis sueños te enredas;

Ovillito alevoso que entretejes mis dudas,
tú que sabes que el mundo se deshoja en anhelos,
que la vida nos mata con su beso de Judas,
que al sollozo del hombre no se inmutan los cielos;

Ovillito de pena, de amargura, de hastío,
tú que todo lo ahogas con tesón de marea,
ya que sabes la angustia del dolor ése mío,
¿por qué sigues y sigues tu inflexible tarea?

HORAS TRISTES

(A la memoria de mi abuelo
Emilio Castellanos)

PAJAROS

Pájaros locos, vagabundos que vais errando a la ventura,
¡dadme los cantos más alegres para mis versos de amargura!

Pájaros blancos de la Virgen, dulces palomas de María,
dadme las plumas, las que sobren, para mi nido que se enfría...

Pájaros negros que en la sombra vais en tropel al cementerio,
¡dadme los ojos esta noche para ver claro en el misterio!

Pájaros tristes que en la tarde buscáis la luna en la laguna,
¡dadme las alas, pajaritos, para volar hacia la luna!...

Pájaros muertos, ateridos en el crepúsculo de invierno
¡dadme las almas, todas juntas, para mostrarlas al Eterno!

LAS SOMBRAS

Yo nunca tuve miedo de andar bajo la noche,
en medio de ese mundo que siempre está despierto...
En medio de ese mundo callado ante el reproche
de todo lo que ha muerto...

Allí... No sé. Diríase que hay mucha sombra ausente.
Fantasmas cavilosos aléjanse sin ruido.
Hay otros que al juntarse conversan vagamente
de todo lo que ha sido...

A veces, sin buscarlo, sorprendo sus secretos.
Sorprendo sus secretos temblando acongojada...
Y sé lo que pedían los que ya están muy quietos
y ya no piden nada...

Y sé de todo aquello que a veces presentimos
en los momentos hondos de lucha y de agonía,
cuando algo en las tinieblas nos dice que vivimos
errantes y sin guía...

Y sé de todo aquello que a veces no mentamos,
que a veces no mentamos porque tenemos miedo...
Hay sombras que parecen saber adónde vamos,
y señalan a un punto con el dedo.. .

BALADA

Soñé que una mano fría
tras la puerta se ocultaba...
Que una tímida bujía
mis insomnios alumbraba...
Que su luz palidecía
bajo un soplo que pasaba...
Que la puerta se entreabría,
que la mano la empujaba...
Temí ver quién me quería,
temí ver quién me buscaba...

Y la mano, fría, fría,
a mi puerta se aferraba...
Quise ver si la vencía
con mi brazo que temblaba...
Locamente, en agonía,
locamente, la empujaba...
Más la puerta no cedía...
Más la puerta no cerraba...
Y escuché una voz tardía
que de lejos me llegaba,
y esa voz me repetía
con acento que me helaba:
—¡Llorarás, muchacha, un día,
con el llanto que no acaba,
por cerrar tu puerta impía
a la Muerte que pasaba!

DIVAGACION

Es un día de tedio, vagamente incoloro.
Un recuerdo fantasma, polvoriento de olvido,
el recuerdo más dulce de un pasado que adoro,
ha caído a mis puertas como un pájaro herido...

Ha venido a avisarme que el camino es incierto,
que la dicha de ahora se me va de las manos...
Que es preciso atraparla... Que el amor no se ha muerto...
¡Pobrecita memoria de los días lejanos!

Yo bien sé que ya es tarde para hallar aquel grumo
de ventura en el cirio que los años devoran...
Yo bien sé que mis sueños se convierten en humo,
y unas sombras queridas me contemplan y lloran...

BALADA

El fuego se estaba apagando,
y el diablo, callando,
trocaba mis sueños...
Trocaba mis sueños en copos de sombra,
y luego escapaba a la luz de los leños,
con ruido muy blando,
por sobre la alfombra...
El fuego, medroso, se estaba apagando,
y el diablo, callando,
trocaba mis sueños...

El viejo reloj que yo amaba,
muy bajo me hablaba
de cosas ya muertas...
De dichas perdidas entre los rincones,
en tanto que el diablo, detrás de las puertas
sutil parodiaba
lejanas canciones...
El viejo reloj de pared que yo amaba,
muy bajo me hablaba
de cosas ya muertas...

Y ví que mi sombra partía,
viajera sin guía,
dejándome sola...
Dejándome sola, doliente, olvidada,
como una bandera que nadie enarbola...
sin melancolía,
sin alma, sin nada...
Y ví que mi sombra confusa partía,
viajera sin guía,
dejándome sola...

Entonces (yo estaba dormida),
sentí que mi vida
también se apagaba...
Y entonces, entonces, por entre los leños,

una hada de veras, una hada llegaba...
una hada, escondida,
rehizo mis sueños,
quizá sin saber que yo estaba dormida
por toda la vida;
que ya no lloraba...

Tal vez revivió el más lejano
por ver si era en vano,
por ver si era tarde...
Y el sueño que fuera copito de sombra
(yo quiero que un ángel piadoso lo guarde),
brillaba en su mano,
brillaba en la sombra...
¡Brilló como nunca, mi sueño lejano!
¿Por qué, si era en vano?
¿Por qué, si era tarde?

SILENCIO

En la noche callada
va el silencio plegando sus alitas de sueño,
sus alitas de nada,
que parecen tejidas con sopor de beleño...

Son amagos de arrullo
que resbalan inciertos por las horas fugaces.
Se diría un murmullo
de sedosas pestañas al rozar antifaces.

Son zumbidos sin ecos,
que en la noche tranquila donde escapan sin ruido,
van dejando mil huecos,
como sombras de voces que olvidadas se han ido...

Son latidos confusos,
aleteos inquietos de tiniebla cansada,
vagamente inconclusos,
como ensueños de ensueños, como espectros de nada...

Y se escucha el reproche
de algo pálido que habla de dolores ya viejos,
de algo muerto en la noche,
que ha partido muy solo, que ha llegado muy lejos...

En la sombra invisible
se va hundiendo el silencio como en algo muy hondo,
y una pena indecible,
y una angustia infinita van subiendo del fondo...

En la noche callada
va el silencio plegando sus alitas de sueño,
sus alitas de nada,
que parecen tejidas con sopor de beleño...

INSOMNIO

Fué aquélla una noche de duda y de llanto.
El viento rugía palabras inciertas...
El viento llenaba las almas de espanto,
y luego salía golpeando las puertas.

Su voz expresaba no sé qué misterios
de adioses remotos y quejas oscuras:
de muecas perdidas en los cementerios,
de rondas insomnes entre sepulturas...

Su llanto era un llanto robado a los siglos.
Acaso era un eco de impías edades,
donde palpitaran siniestros vestiglos
entre el calofrío de las soledades...

Y el mundo ignoraba de qué lejanía
llegaba la angustia de aquellos lamentos,
y no adivinaba qué negra agonía
de buhos malditos, luchaba en los vientos...

Y luego, de pronto, tembló, cual si viera
que algún Angel malo, de pie en el Abismo,
tendiendo en la noche su mano agorera,
mostrase la Nada detrás de sí mismo...

NOCTURNO

¿Por qué cuando en la noche, con mudo desvarío,
miramos al vacío,
vacío en que divagan los mundos en silencio,
vacío que es silencio en el silencio...
por qué sentimos frío,
Señor, cuando miramos al vacío?
¿Por qué tus viejos mundos desolados,
tal vez abandonados

en ese gran vacío,
tal vez abandonados por Tí, Señor Dios mío,
por qué nos vierten tanto, tanto frío
tus mundos olvidados?
¿Por qué los dejas solos en ese espacio mudo
que ahoga el estallido de todos los horrores?
¿Por qué los dejas solos, si el cielo está desnudo
de besos, de piedades y de amores?
¿Por qué los dejas tan abandonados
en los espacios yertos?...
¡Señor, Señor, tus mundos olvidados
debieran estar muertos!...

INDICE

Pág.

HORAS LENTAS

HORAS TRISTES

La Nación
Viernes 15 de Enero de 19



que entonces se abrían paso".

"Literaturas europeas de vanguardia", publicado dos años después, inicia el cumplimiento de su verdadera vocación: la indagación crítica de la literatura, que más tarde, debido a inagotable interés por el mundo de la cultura, se extendería a otras manifestaciones del hacer artístico. De este modo no fueron ajenas a sus sagaces interpretaciones y a sus exhaustivos análisis las obras de pintores y escultores, de hombres de teatro y de cine.

Fundó en España La gaceta literaria, de la que fue secretario de redacción y figuró más tarde entre los principales colaboradores de la Revista de Occidente. Bajo la dirección de Menéndez Pidal y junto a Pedro Salinas trabajó en el Centro de Estudios Históricos de